

A REY MUERTO, REY PUESTO

Esteban pasea por el salón con el paso acelerado porque los nervios no le dejan trabajar. Siempre lo ha hecho bajo presión y siempre ha disfrutado. Gracias a eso ha llegado a ser uno de los mejores en lo suyo, la publicidad. Su especialidad son las frases ingeniosas, que resumen en unas pocas palabras un mensaje potente que el cliente entiende enseguida.

Pero hoy está bloqueado. Y se le acaba el plazo. Tiene un par de ideas pero no son lo suficientemente buenas. Al menos no para su nivel. Además, la serie de televisión que tiene que anunciar ya lleva un par de temporadas de éxito mundial y el reto es enorme.

Se sienta en el sofá y se concede un descanso. Cuando cierra los ojos y decide no pensar en el trabajo aparece Jorge, su hijo mayor.

- Papá, ¿me puedes revisar un cuento que he escrito para el colegio?

Esteban abre los ojos. No es lo que más le apetece, pero quizá le venga bien para desconectar. Nunca se sabe.

- ¿De qué va? – pregunta incorporándose levemente para coger el portátil de su hijo
- Es sobre Felipe V y la Guerra de Sucesión – contesta Jorge.
- Puff. Pues yo de eso no tengo ni idea – advierte su padre.
- No importa. Tú corrige la parte literaria y dame tu opinión. Lo otro está controlado, porque nos lo han explicado esta semana.

Su padre acepta. Se coloca bien las gafas y comienza a leer:

“Barcelona resiste a duras penas el ataque al que la artillería austríaca la está sometiendo desde el castillo de Montjuic. La resistencia de los defensores de la ciudad, afines a la causa borbónica, es pertinaz, pero también lo es la constancia de las bombas de los partidarios del Archiduque Carlos.

Y los días transcurren con pesada lentitud. El bombardeo constante no parece tener ningún efecto sobre los barceloneses, que resisten con valor y constancia el asalto austracista. Ha llegado el momento de hacer una demostración más arriesgada, cuerpo a cuerpo, y que sea lo que Dios quiera.

- *Vamos a enseñar a ese maldito Archiduque de qué están hechas nuestras tropas – decide Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV. Lleva ya demasiado tiempo resistiendo el asedio de sus enemigos, contrarios a su proclamación como rey de España. Ahora, contemplando el castillo de Monjuic, considera que ha llegado el momento de actuar.*
- *Quizá deberíamos esperar algún día más, Majestad – contesta su ayudante, el teniente Benavides, atreviéndose a poner en duda una decisión real. Su pertenencia a la Guardia de Corps y su estrecha relación con el rey le permiten semejante atrevimiento.*

En realidad, atacar el castillo no le parece mala idea, pero necesita ganar tiempo para sacar al rey de las cercanías del combate. Valiente papel harían si perdieran al

candidato borbónico aunque conservaran la ciudad. Por eso su misión consiste en convencerlo de que se retire a una zona más segura mientras dure el asedio. El ataque no parece que vaya a ser una empresa fácil, pero lo será aún menos si sus mejores hombres han de dedicar su esfuerzo a proteger al rey en lugar de hacer frente directamente al enemigo."

- Oye, esto está muy bien, Jorge – dice su padre levantando la vista y mirando a su hijo.
- Tú sigue – contesta el chico, con ganas de conocer la opinión de su padre.

"Felipe V lo mira de arriba abajo, con la condescendencia del que no está acostumbrado a que se discutan sus órdenes y con la soberbia del que no piensa dejar que esto ocurra. Pero conoce bien a su ayudante. Incluso se pudiera decir que le tiene cierto afecto, y entiende que algo hay detrás de sus dudas. Por ello le pregunta:

- *¿Esperar? ¿A qué o a quién? ¿Tenéis miedo?*
- *En absoluto, Majestad – contesta titubeando el teniente Benavides.*
- *Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Dudáis de mi capacidad para derrotar a estos austríacos del demonio? – vuelve a preguntar Felipe de Anjou.*
- *No es eso, Majestad. Lo sabéis bien. Nadie mejor que su Majestad para conseguir esta empresa, pero...*
- *Pero, ¿qué? Continúa, por Dios, si no queréis hacerme enfadar – exige el rey, empezando a ponerse serio.*

El teniente duda. Ha llegado a entablar cierta confianza con el rey, pero desconoce si será suficiente en este momento. Y precisamente por experiencia entiende que hay que medir las palabras. En su fuero interno sabe que sus razones son muy loables, y que a nadie deberían ofender, puesto que solo le mueve la intención de protegerlo. Pero también sabe que según cómo lo exponga puede parecer que duda de su capacidad para defenderse sin la ayuda de nadie, y eso sí podría suponer una afrenta para el orgullo de un rey. Mal negocio.

- *Majestad, lo última que quisiera en esta vida es ofenderos, bien lo sabe Dios. Creo que os he servido durante el tiempo que hace que os acompaño con la lealtad esperada a un oficial español y nada sería más contrario a mis intenciones que dudar de...*
- *Dejaos de monsergas y contestad de una vez – le interrumpe el rey, cada vez de peor humor - ¿Por qué queréis posponer el ataque que me dispongo a ordenar? Puede suponer una victoria más que necesaria, dadas las circunstancias.*

Se acabó la tregua. Sin tiempo para pensar mejor sus palabras, el teniente Benavides tiene que dar una respuesta definitiva que sirva a la vez para conseguir su propósito de alejar al rey del peligro y para calmar su creciente ira.

- *Considero que desde esta posición Su Majestad se encuentra demasiado expuesto al peligro. Estaría mucho más seguro si retrocediéramos a una posición en la retaguardia..."*

Esteban vuelve a levantar la cabeza y pregunta:

- ¿Este teniente Benavides es un personaje histórico?
- Sí, fue miembro de la Guardia de Corps. Hay una anécdota muy curiosa sobre él, pero no sale en esta historia. Luego te la cuento. Tú termina.
- Vale, vale, ya voy.

"El rey vuelve a interrumpir las palabras de su ayudante, esta vez con un simple gesto. Levanta la mano con suavidad y con un cierto aire teatral. Inmediatamente, el militar sabe que ha de callar. El rey acerca mucho su cara a la de él, mirándolo con dureza a los ojos.

- *¿Creéis que no soy capaz de defenderme yo solo? – le pregunta el rey - ¿Creéis que soy un pusilánime como esos Austrias a los que habéis tenido como reyes para vuestra desgracia? ¿No entendéis que una nueva dinastía ha llegado a estos reinos y que las cosas nunca volverán a ser iguales?*

El teniente no contesta. Apenas respira. Por una parte tiembla ante la sola idea de contradecir a su rey, pero por otra apenas puede ocultar su satisfacción. Daría su vida por proteger la de aquel nuevo monarca, aunque en este instante no puede saber que en el futuro estará muy cerca de hacerlo. No puede estar más de acuerdo con que el cambio de dinastía solo puede traer alegrías a España, pero, precisamente por eso, necesita conseguir que el rey se retire de la zona de peligro. Cuando recobra el habla, insiste:

- *Majestad, no os puedo ponderar cuán de acuerdo estoy con vuestras palabras, pero eso me hace reafirmarme aún más en las mías. España no puede permitirse perder a tan firme soberano después de un siglo de reinados tan desgraciados.*

Felipe V mira al teniente con agradecimiento sincero. Poco a poco una ligera sonrisa se va dibujando en su rostro, mientras su mano derecha se apoya en el hombro de su ayudante. Así permanece asintiendo levemente sin añadir nada más. Después se gira sobre sí mismo y vuelve a observar el castillo de Montjuic. Y entonces, dirigiéndose a la vez al teniente y al enemigo, contesta:

- *No habréis de preocuparos por eso. Si yo falto, otro habrá. Después de todo, a rey muerto, rey puesto.*
- *Pero...*
- *Haced lo que os digo. Vamos a liberar de una vez esta ciudad."*

Esteban ha terminado de leer, pero no levanta la cara. Continúa mirando a la pantalla y solo murmura: "a rey muerto, rey puesto, a rey muerto, rey puesto..."

- *¿Qué tal? ¿Has terminado? – pregunta Jorge*
- *Sí, sí, muy bien – contesta su padre sin escuchar.*
- *¿Te ha gustado? – insiste el chico.*
- *Sí, sí, mucho – continúa Esteban ensimismado.*

Y de repente se pone en pie. Deja el portátil sobre la mesa y le da un tremendo abrazo a su sorprendido hijo.

- *¡Eres un genio! ¡A rey muerto, rey puesto! ¡Muchas gracias! ¡Vamos a inundar el país con esa frase! ¡A rey muerto, rey puesto!*